

XIV

SAINT-CLOUD

El emperador y la emperatriz salían de las Tullerías el 25 de mayo de 1853 para instalarse en el castillo de Saint-Cloud y pasar allí la buena estación. Este magnífico palacio fué destruído después por las llamas y sus ruinas se barrieron del suelo; pero trataremos de reconstituirle tal como era á principios del segundo Imperio.

El palacio reaparece á mis ojos: delante de mí veo el patio de honor, con el cuerpo de edificio levantado en el fondo; le decoran varias pilastras de orden corintio, y mide ciento cuarenta y cuatro pies de fachada por setenta y dos de altura; su cuerpo anterior, compuesto de cuatro columnas, sostiene un entablamento sobrepuesto de otras tantas estatuas: la Prudencia, la Fuerza, la Gloria y la Riqueza. Encima hay un ático, y en el frontis se ve un cuadrante que el «Tiempo» descubre, con amorcillos que representan las cuatro partes del día. Esta fachada tiene dos alas: el orden dórico, coronado de balaustradas, con antecuerpos, cuyo adorno consiste en varios frontis, y en uno de los cuales se ve la Victoria y en el otro la Paz, constituye la arquitectura de esas alas decoradas con ocho estatuas en sus nichos: las de la derecha son Mercurio, Caliope, Baco y Hebe, y las de la izquierda Momo, la Paz, una Bacante y la Riqueza.

En el fondo del patio de honor, en el cuerpo de edificio central, veo la gran escalera, la del emperador: adornada de elegantes columnas de mármol, se construyó en el terreno de la antigua capilla por Micque, arquitecto de María Antonieta. Después de franqueada esta escalera, entro en el vestíbulo de las grandes habitaciones y miro el techo, obra de Carlos Audrán: es una pintura alegórica que representa la Historia escribiendo la vida del hermano de Luis XIV, Felipe de Francia, duque de Orleáns. Después entro en el salón de Marte, donde brilla la divisa de este príncipe, *Alter post fulmina terror*, y admiro el techo, los arcos y la parte superior de las puertas, obras de Mignard. El techo representa el Olimpo, y los arcos, Marte y Venus y la fragua de Vulcano; mientras que en la puerta de los Celos y de la Discordia se ven los Placeres de los Jardines. Paso al salón de Venus, donde Francisco Lemoine ha pintado en el techo á Juno llevándose el cinturón de Venus, y donde dos coronamientos de puertas de Juan Nocret representan la Paz y la Ciencia. Cuatro magníficas tapicerías de los Gobelinos decoran este salón: la primera reproduce un cuadro de Girard: Felipe

de Francia, duque de Anjou, reconocido como rey de España bajo el nombre de Felipe V (16 noviembre de 1700); los otros tres reproducen tres cuadros de Rubens: nacimiento de María de Médicis en Florencia (26 abril de 1575); casamiento por procuración de María de Médicis en Florencia (5 octubre de 1600), y retrato en pie de María de Médicis bajo la figura de Belona. Entro en el salón de la Verdad, que bajo el reinado de Carlos X servía de sala de juego: el techo, pintado por Coypel, representa el Triunfo de la Verdad, y el coronamiento de la puerta, obra de Juan Nocret, figura la Justicia, la Gloria y tres Musas, Caliope, Clio y Euterpe. Cuatro grandes tapicerías de los Gobelinos reproducen cuadros de Rubens: el casamiento de Enrique IV con María de Médicis en Lyon (27 diciembre de 1600); nacimiento de Luis XIII en Fontainebleau (27 septiembre de 1601); Enrique IV confía á la reina el gobierno del reino (mayo de 1610), y Reconciliación de María de Médicis con su hijo (30 abril de 1619). Paso al salón de Mercurio, donde hay también tapicerías de los Gobelinos, copias de los cuadros de Rubens: el Triunfo de la Verdad (la Verdad sostenida por el Tiempo, se lanza hacia el cielo, donde María de Médicis y su hijo se reconcilian después de reconocer que solamente los falsos consejos habían ocasionado su mala inteligencia); viaje de María de Médicis al Puente de Cé en Anjou, 1614 (la reina á caballo, y seguida de un león, símbolo de la Fuerza, acaba de reducir á la obediencia el Puente de Cé, donde se preparaba una guerra civil); la Conclusión de la paz (11 septiembre de 1620); el Destino de María de Médicis (las Parcas, bajo los auspicios de Júpiter y de Juno, hilan los días de la reina). Franqueo el salón de la Aurora, que era el puesto de los guardias de corps bajo el reinado de Carlos X, y entro en la biblioteca, preciosa habitación cuyo decorado es de oro y de encina esculpida y que contiene doce mil volúmenes.

Heme aquí ahora en la más hermosa habitación del palacio, la que es para el palacio de Saint-Cloud lo que la galería de los espejos para el de Versailles: me refiero á la galería de Apolo. Las pinturas de la bóveda son las obras maestras de Mignard y representan: sobre la puerta de entrada, el Nacimiento de Apolo y de Diana; Latona implorando á Júpiter, que convierte en ranas á los campesinos de Licia; en medio de la bóveda, Apolo, dios del día; á derecha é izquierda de la misma, la Primavera (Flora y Céfito), el Verano (las fiestas de Ceres), el Otoño (las fiestas de Baco), y el Invierno (Bóreas y sus hijos). En la extremidad de la galería, sobre las ventanas, el Parnaso, Apolo y las Musas; en el centro de la bóveda, entre los grandes cuadros, Circe, hija del Sol; Clímenes conduce á su hijo Faetón á presencia de Apolo, y éste muestra á la Virtud el templo de la inmortalidad; caída de Icaro. Varios medallones de bronce ó en cañeado, cuadros de pintores antiguos y modernos, molduras doradas, figuras alegóricas y objetos artísticos completan el decorado de esta brillante galería.

Salgo de la de Apolo por una puerta situada á la izquierda, y entro en el precioso salón de Diana, que precede á la capilla, decorado por Mignard; este

último es quien pintó en el techo la diosa de la Noche, y en los arcos, el tocador, la caza, el baño y el sueño de Diana.

Acabo de recorrer las grandes habitaciones y voy á visitar ahora las del emperador y de la emperatriz. En primer término, la antecámara de los ujieres del soberano, á la cual siguen el salón de sus chambelanes y de sus ayudantes de campo, el de sus oficiales de órdenes, y la sala del consejo de ministros, antigua alcoba de María Antonieta, de Josefina, de María Luisa y de la duquesa de Angulema. Después veo el despacho del emperador, la alcoba de la emperatriz, antigua sala de música de María Luisa, la sala de baños, la antecámara de los ujieres de la emperatriz, el salón de sus chambelanes, el de sus damas, su salón de recepciones, antigua alcoba de la duquesa de Berry, madre del conde de Chambord, y su gabinete de trabajo, en otro tiempo alcoba de la reina María Amelia. Visito, en fin, el salón de Vernet, antiguo despacho de Luis XVIII y de Carlos X, la habitación de Enriqueta de Inglaterra, que recuerda la célebre frase de Bossuet: «¡Oh noche desastrosa, oh noche terrible!, en la cual resonó como un rayo esta asombrosa noticia: ¡Madama ha muerto, madama ha muerto!» Y por último entro en el salón rojo, que era bajo el reinado de Carlos X la sala del Consejo de ministros, donde el 25 de julio de 1830 el desgraciado monarca firmó las fatales órdenes que fueron la ruina de la rama primogénita de los Borbones.

¡Cuántos recuerdos históricos en aquel maravilloso palacio de Saint-Cloud! Era la residencia favorita de Napoleón III y de la emperatriz Eugenia, porque al soberano le agradaba evocar las glorias consulares é imperiales de su tío, en aquel palacio que fué la cuna de su dinastía. A la derecha, en los parterres, veíase todavía en 1853 un edificio que mandó derribar algunos años más tarde: era el invernadero de los naranjos, donde los Quinientos celebraban sesión el 19 brumario del año VIII, y de donde fueron expulsados por la fuerza de las bayonetas. En aquel mismo día, los Antiguos se reunieron en la galería de Apolo, y allí fué donde Bonaparte les dijo: «Si algún orador pagado por el extranjero hablase de excluirme de la ley, llamaré á mis compañeros de armas. Pensad que voy acompañado de Dios, de la fortuna y de la guerra.» Napoleón III consideraba aquella brillante galería de Apolo como una especie de santuario político que había dado buena suerte á su raza. Allí fué donde el 18 de mayo de 1804 su tío, saludado la primera vez por el Senado bajo el título de emperador, dijo: «Acepto el título que creéis útil para la gloria de la nación, y espero que Francia no se arrepentirá nunca de los honores que tributa á mi familia. En todo caso, mi espíritu no estará ya con mi posteridad el día en que dejara de merecer el amor y la confianza de la gran nación.» En aquella misma galería fué donde, cuarenta y ocho años después, el 7 de noviembre de 1852, él mismo dijo á los senadores, que le ofrecían la corona imperial: «Lo que más me llega al corazón es pensar que el espíritu del emperador está conmigo, que su idea me guía y que su sombra me protege, puesto que por un acto solemne



Palacio de Saint-Cloud

venís en nombre del pueblo francés á probarme que he merecido la confianza del país.» Napoleón III evocaba en Saint-Cloud los recuerdos de su tío, y la emperatriz Eugenia los de María Antonieta. Allí fué donde la reina mártir, desde fines de mayo de 1790 hasta fines de octubre, había pasado horas relativamente pacíficas antes de las catástrofes finales; allí fué donde se despidió de las flores, del campo, de la naturaleza que tanto amaba, y allí donde el 3 de julio 1790, en el parque y en las alturas de su jardín particular, tuvo con Mirabeau la misteriosa entrevista al fin de la cual el tribuno exclamó en un transporte de entusiasmo: «¡Señora, la monarquía está salvada!»

Lo que agradaba á la emperatriz Eugenia en Saint-Cloud no eran tanto los esplendores del palacio como las sombras del parque. Agradábale pasearse bajo los árboles seculares, recorrer los verdes prados, franquear los pintorescos montecillos, contemplar el gran surtidor de agua, los arcos con su elegante arquitectura, y las dos cascadas, cuyas aguas, precipitándose de peldaño en peldaño, saltaban cual blanca espuma, fulgurando con mil reflejos bajo los rayos del sol. Por la noche, al resplandor de los vasos de colores, complacíase en ir á la linterna de Demóstenes, aquel pequeño monumento griego situado sobre una plataforma desde lo alto de la cual veíase abajo el Sena deslizándose al pie del parque y en el horizonte los principales monumentos de París: el Arco de Triunfo, la cúpula de los Inválidos, las Tullerías, el Louvre, las torres de San Sulpicio y el Panteón. En 1853 el segundo emperador y la emperatriz Eugenia disfrutaban tranquilamente en Saint-Cloud del placer de reinar. Era para ellos un lugar de delicias.

Durante la invasión de 1815, Blücher, que se había instalado con su jauría en la habitación de Enriqueta de Inglaterra, convirtiéndola en una verdadera perrera, no dejaba de admirar, sin embargo, los esplendores del palacio y del parque. Cierta día, mientras comía con el príncipe Metternich, le dijo: «¡Será loco el hombre que corre á Moscou, teniendo todas estas bellas cosas!» En efecto, el 9 de mayo de 1812 fué cuando Napoleón I salió de Saint-Cloud, rodeado de una fastuosa corte, para marchar solemnemente á la campaña de Rusia, que tan fatal debía serle. ¡Ay! Del palacio de Saint-Cloud salió también Napoleón III el 28 de julio de 1870, para emprender una expedición más lamentable aún y no volver nunca. Pero en 1853 no se pensaba ni en las desgracias pasadas ni en las futuras, y el nuevo Imperio, lleno de juventud, de ardimiento y de confianza en sí mismo, se imaginaba que el rayo no le tocaría nunca.

XV

DIEPPE

El emperador y la emperatriz salieron de Saint-Cloud el 20 de agosto de 1853 para ir á Dieppe. El trayecto se recorrió en cuatro horas y media; al paso de SS. MM. veíanse las casas adornadas, y los pueblos acogían el tren imperial con entusiastas aclamaciones. En Dieppe, las inmediaciones de la vía férrea estaban ocupadas por una inmensa multitud de espectadores que profiriendo *vivas* acompañaron al emperador y la emperatriz hasta la casa del Ayuntamiento, preparada para recibirlos. Por la noche, toda la ciudad se iluminó; el soberano y su encantadora compañera se pasearon á pie y sin escolta por el terrado del establecimiento de baños; y al día siguiente, 21 de agosto, fueron á oír misa en la iglesia de San Jaime, donde se ven las muestras de todas las variedades de la ojiva. Los cruceros son del siglo XII, el pórtico y el campanario del XIV, las capillas del XV, y el coro y la torre de la entrada, el tesoro y la capilla de la Virgen, del XVI y del Renacimiento.

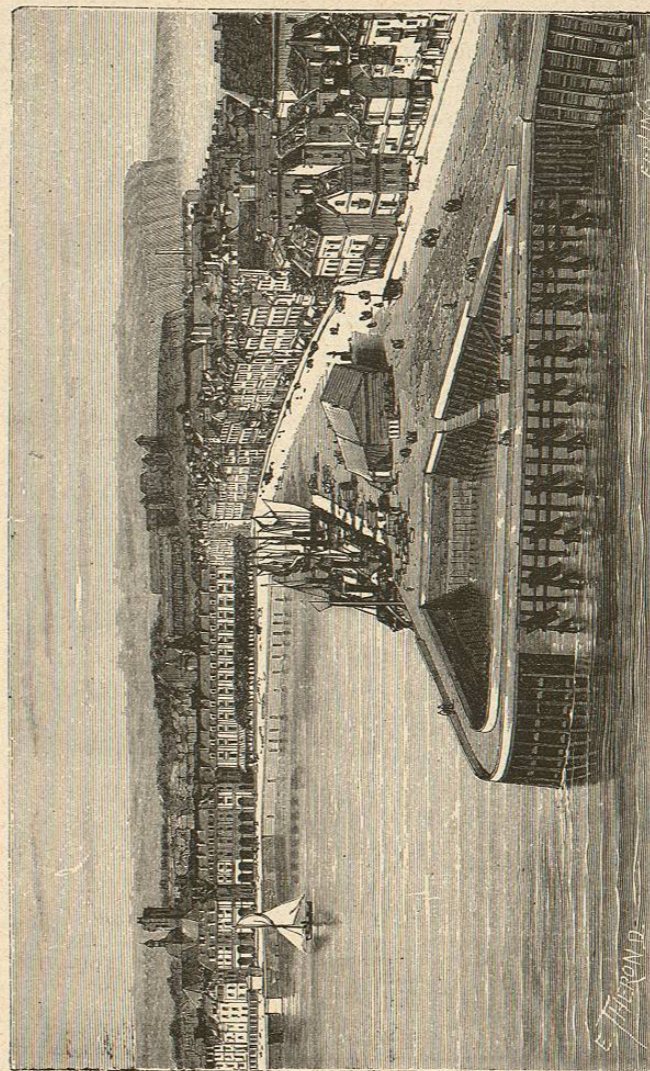
Napoleón III y la emperatriz eran acogidos con transportes de entusiasmo por la población de Dieppe; pero no podían menos de pensar que algunos años antes hizo el mismo recibimiento á la duquesa de Berry. Esta valerosa princesa, tan desgraciada después de haber sido tan popular, había residido en Dieppe en diversas ocasiones, permaneciendo allí algunas semanas en cada vez, en 1824, 1825, 1826, 1827 y 1829. Más de veinte mil personas la esperaban en el límite de la ciudad, en la cual hacía entradas triunfales, paseándose á menudo por el mar. En su lancha había una tienda de campaña de seda carmesí, sobre la cual se izaba la bandera blanca; y una pequeña flotilla de la marina real maniobraba en honor suyo, saludándola con salvas de artillería. El 19 de agosto de 1826 sorprendíanla agradablemente representando una comedia de circunstancias en medio de las mismas ruinas del castillo de Arques, inmortalizado con la victoria de Enrique IV sobre los partidarios de la Liga. En 9 de septiembre de 1829 se inauguraba en presencia de la duquesa el monumento conmemorativo de la victoria del Bearnés: las tropas de línea y la guardia nacional habían formado vivacs donde la princesa y su hija, la señorita de Francia, aún pequeña (más tarde duquesa de Parma), leían con placer inscripciones como ésta: «El joven Enrique encontraría otra vez los arcabuceros de Enrique IV. — La bandera del 12.º se unirá siempre con el penacho blanco. — Dos Enriques, el mismo amor y la misma

«fidelidad.» En 1853 no era ya la bandera blanca la que los de Dieppe saludaban, sino la bandera tricolor; no era tampoco la monarquía, sino el Imperio, lo que sugería al escéptico conde Horacio de Viel-Castel esta reflexión: «Los habitantes de Dieppe reciben á todas las dinastías con el mismo humor. Veinticinco años hace, presencié sus manifestaciones de alegría por la duquesa de Berry. Id á tomar los baños en Dieppe, y bien seáis Dios ó el diablo, la población os recibirá con entusiasmo; pero con sus pruebas de cariño revelan, para el emperador, el vivo deseo de beneficiarse de su casa.»

El alojamiento de SS. MM. en la Casa de la Ciudad era modesto; se habían cubierto las paredes con tela de Persia y esterillas, y esta sencillez contrastaba agradablemente con los esplendores de las Tullerías y Saint-Cloud, de Fontainebleau y de Compiègne. El 27 de agosto de 1853, el emperador y la emperatriz visitaron la fábrica de blondas, fundada en 1826 á expensas de la duquesa de Berry, y donde considerable número de jóvenes encuentran á la vez medios de subsistencia y los beneficios de una vida cristiana. Por la noche fueron al teatro, que la misma princesa había inaugurado el 8 de agosto de 1826 y que se construyó en seis meses. El 29 de agosto de 1853, SS. MM. recibieron la visita del rey Jerónimo y del príncipe Napoleón, llegados del Havre en el yate imperial *Reina Hortensia*, y por la noche asistieron á un concierto á que el Ayuntamiento les invitaba. La playa no había estado nunca tan elegante: magníficos trenes, algunos de ellos de cuatro caballos, recorrían desde la mañana hasta la noche la larga calle que la costea; la animación del camino era extremada, y creíase haber vuelto á los días de la Restauración. El emperador, más enamorado que nunca de la emperatriz, disfrutaba mucho de aquellos días de residencia marítima que la política le dejaba libres. Entonces confiaba en que las nubes acumuladas por la cuestión de Oriente no tardarían en disiparse, y gozaba tranquilo de la felicidad que la Providencia le concedía. El 10 de septiembre, SS. MM. salían de Dieppe y se reinstalaban en el palacio de Saint-Cloud.

Al día siguiente, leíase en el *Moniteur*: «Los viajes de los soberanos no pueden limitarse, como los de los particulares, á simples distracciones; cualquiera que sea el objeto aparente, estos viajes tienen siempre su importancia. Las poblaciones no se engañan; el afán con que solicitan y acogen las visitas de los príncipes no es solamente por efecto de la curiosidad ó por el atractivo de las fiestas, sino que otros sentimientos les animan. Si el soberano ha prestado grandes servicios, como hoy, le surge manifestar su agradecimiento; pero como más ha hecho, más esperan.»

El *Moniteur* añadía: «No sin motivo han dado SS. MM. este año la preferencia á Dieppe, y ha sentado muy bien á su salud la estación de baños. Sin embargo, otro interés reclamaba su presencia, y esta ciudad, abandonada antes, considera con razón que la residencia de SS. MM. acaba de abrirles un nuevo porvenir de prosperidad. Su puerto, cuya importancia han comprendido todos los gobiernos, obtendrá al fin las mejoras que tanto tiempo hace esperaba.»



Vista de Dieppe

Napoleón III, después de estudiar por sí mismo los varios proyectos que se habían elaborado inútilmente hacía cerca de un siglo, acababa de resolver sobre la ejecución de un conjunto de obras que debían proporcionar al puerto de Dieppe todas las mejoras apetecibles. La playa presentaba un triste aspecto: grandes reductos de tierra impedían, sin necesidad alguna para el defensor de la ciudad, que se vieran las orillas, y antiguas torres, mutiladas hacía largo tiempo, oponíanse á las mejoras. Todos estos obstáculos iban á desaparecer ahora ante la voluntad del emperador; cubriéndose de césped y de flores, la playa debía transformarse en un paseo magnífico, que en una extensión de más de mil doscientos metros se prolongaría entre la ciudad y el mar desde el acantilado del castillo hasta el agua.

La residencia de SS. MM. en Dieppe se había señalado también por numerosos actos de beneficencia. La emperatriz había visitado varias veces el establecimiento donde las niñas pobres reciben la instrucción primaria á la vez que aprenden la fabricación de blondas; hizo importantes adquisiciones en la fábrica, que durante largo tiempo había sufrido escasez, y tomándola bajo su patrocinio, le dió cuarenta mil francos. Conmovida por las miserias de que tan á menudo eran víctimas, por tantos accidentes y siniestros, los marinos, los pescadores y sus familias, quiso asegurarles una protección eficaz creando bajo el título de «Sociedad de Nuestra Señora del Buen-Socorro» una asociación de asistencia mutua entre las casas de la ciudad de Dieppe y todas las localidades que dependen de aquella circunscripción marítima. Los habitantes no habían admirado menos la caridad de la emperatriz que su radiante hermosura.

XVI

EL VIAJE POR EL NORTE

Napoleón III y la emperatriz iban de palacio en palacio y de ovación en ovación: después de las Tullerías, Saint Cloud; después de las aclamaciones en Dieppe, las de los departamentos del Norte. En estos últimos hicieron una excursión triunfal á fines de septiembre de 1853. El mismo día de la salida de Saint-Cloud llegaban á Arras, donde encontraron las diputaciones de novecientos distritos del Paso de Calais, cada cual con su bandera y su divisa. Las hermanas de la Caridad habían situado delante de la fachada del hospital las pequeñas huérfanas, como para ponerlas bajo la protección de la soberana. Desde lo alto de un arco de triunfo que representaba la antigua puerta de Arras, un grupo de jóvenes hizo llover flores sobre el coche de los soberanos.

A la entrada de la catedral, el obispo Monseñor Pasiris dirigió esta alocución al emperador: «Señor: bastante hay para ensalzar en la persona augusta de V. M. las cualidades supereminentes que la distinguen, esa serenidad de alma que nada perturba, esa fuerza de voluntad que de todo triunfa, ese golpe de vista seguro que sorprende siempre la verdad de las cosas, y en fin, esa maravillosa superioridad ante la cual todos los obstáculos se allanan y todas las escabrosidades desaparecen. Nosotros, Señor, que tenemos los pensamientos por encima de este mundo, porque no es de aquí nuestro reino, debemos ofrecer otros homenajes. En V. M. hay alguna cosa que predomina sobre todos los dones de la naturaleza, y es la misión que ha recibido del cielo. Sin duda es glorioso subir al trono por las aclamaciones del pueblo, coronada la frente con el brillo del nombre más grande de los tiempos modernos; pero mucho más glorioso es aún ser ministro privilegiado de la Providencia para la salvación de una gran nación y para la paz del mundo..... Señor, nosotros admiramos á V. M. como hombre y os veneramos como príncipe, pero como instrumento de los beneficios de Dios os bendecimos con amor.» A la entrada de la Prefectura cincuenta jóvenes vestidas de blanco ofrecieron á la emperatriz ramos de violetas y dirigieronle un cumplido en verso. La soberana les dió gracias con efusión.

El 23 de septiembre, después de haber visitado Valenciennes, donde desfilaron delante de SS. MM. compañías de obreros de las minas con su traje de diario, sus instrumentos en la mano y la lámpara del minero en sus sombreros, el emperador y la emperatriz hicieron su entrada en Lila. El alcalde ofreció á